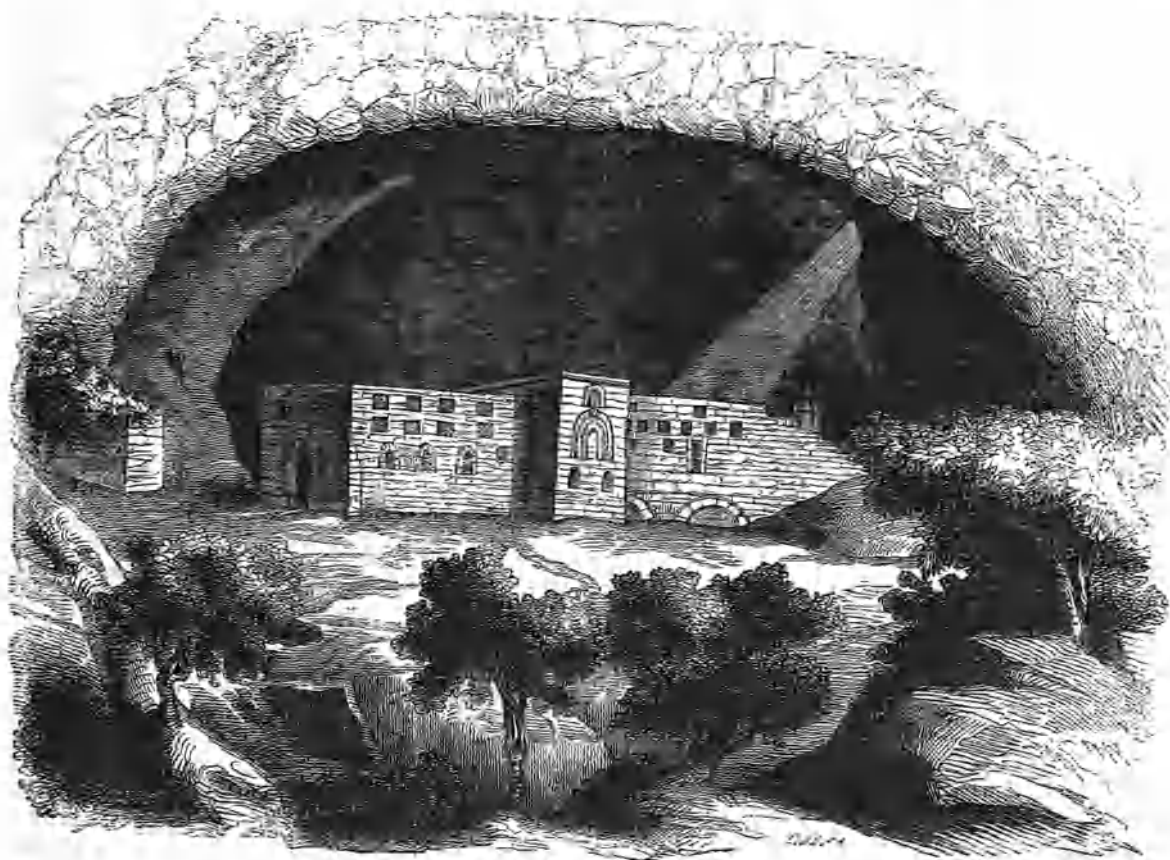


ANTIGUEDADES ESPAÑOLAS.



EL MONASTERIO DE SAN JUAN DE LA PEÑA.

«Los pueblos escriben su historia en páginas de piedra.»
VICIEN HUGO.



Hay ciertos edificios, cuyos nombres serán siempre pronunciados con respeto, y que despiertan profundos recuerdos á todos los que sientan latir en sus venas sangre española; monumentos gloriosos que nos fueron legados por nuestros abuelos, como un padron que debía eternizar la memoria de sus hazañas, y que nosotros

hijos ingratos abandonamos al olvido y á la destruccion. ¿Qué resta de la invencible Numancia? ¿qué de Sagunto?... Apenas escombros mezclados con los huesos de los héroes, ante los que temblaba la soberbia Roma, la vencedora de cien pueblos, que el estúpido labriego pisa indiferente.... También quedan sus nom-

bres que vivirán tanto como el mundo. En la memorable época de la restauracion de España, encontramos dos lugares cuya memoria vivirá eternamente: Covadonga y San Juan de la Peña. En aquellas dos celebradas cuevas se inauguró la mas porfiada y heroica lucha que ningun pueblo sostuvo jamás, aquella guerra de siete siglos la mas sangrienta, pero tambien la mas justa, la mas santa que nos muestran los anales del mundo. *Dios y Libertad* era el lema escrito en la bandera que guiaba al combate á los guerreros españoles, y tal bandera siempre flotará triunfante. De Covadonga y San Juan de la Peña datan nuestra nacionalidad y nuestra independencia, y de allí se desprenden dos dilatadas cadenas de proezas cuyo último eslabon está fijo en la arrogante Alhambra de Granada. ¿Qué suntuoso monumento alzaron los poderosos reyes de dos mundos en los humildes pero nobilísimos solares de donde descendian?(1) Qué memoria erigió la nacion espa-

(1) En este descuido de que culpamos á los reyes de España exceptuamos al gran Carlos III que siempre amante de las glorias de su patria y constante protector de las artes, proyectó levantar

toja en las dos cunas de su libertad? ¿Cuál es la señal que recuerda el teatro de las glorias de Pelayo y García Ximenez? ¿Dos pequeños santuarios sin mas riquezas que sus recuerdos, que la mano de la ignorancia antes que la del tiempo destruirá tal vez bien pronto! Menos olvidado Covadonga que su rival en glorias San Juan de la Peña, sirvió alguna vez de asunto á los cantos del poeta y al pincel del artista; emperó no encontramos ni uneto verso, ni un grabado que perpetue la memoria de aquel célebre monasterio; por eso el SEMANARIO consagrado siempre á cantar las pasadas grandezas españolas, vá á dedicar algunas líneas al monástico asilo, donde se dió comienzo á las nobles monarquías de Navarra y Aragón.

En las asperezas casi inaccesibles del monte Uruel, en los Pirineos de Jaca, había un lugar cubierto de malezas por todas partes, que ofrecía á la vista un aspecto mas agreste y salvaje que todo lo restante. Allí se veía una gran cueva obra de la naturaleza en la cavidad de un inmenso peñasco cuya base lame el rio Aragon que dió nombre á aquel reino, y que despues corre apacible por las llanuras donde se eleva la antiquísima ciudad de Jaca. Aunque casi siempre la cumbre del monte Uruel está cubierta de nieve, era sin embargo agradable el sitio de que hablamos en el estio y otoño, por estar vestido de florestas y copudos árboles. Poco tiempo pasara desde la rota de Guadalete cuando un caballero mazaraba de Zaragoza llamado Voto, cazaba en el llano de Pano situado sobre la cueva de que acabamos de hablar, y se empeñó en seguimientto de un ciervo. Desbocado su caballo se detuvo milagrosamente en el borde del precipicio; echó pié á tierra el asombrado caballero, y despues de dar gracias á Dios devotamente por haberle salvado de tan inminente riesgo, se abrió paso con su espada por entre los jarales que le impedían la entrada de la cueva, y penetró en su interior. Allí encontró una pobre ermita, y delante del tosco altar, dedicado á San Juan Bautista, el cuerpo difunto de un venerable cenobita, sí que respetaban las fieras, que iban á apagar su sed en una fuente, que corría cerca de aquel misterioso lugar. La cabeza del eremita descansaba sobre una piedra triangular, en la que se veían escritas en latin las palabras siguientes: «Yo Juan el primer ermitaño de este lugar, el cual habiendo despreciado el siglo presente por el amor de Dios, como me fué posible conforme á mis fuerzas fabriqué esta iglesia en honra de San Juan Bautista y aquí reposo Amen.» Este santo era natural de Atares, lugar cercano y habitaba la cueva desde principios del siglo VIII, por lo que una antigua crónica lo llama «nuevo Noé que había fabricado esta arca antes que la inundacion de los bárbaros anegase á España, en la que se salvaron los pocos fieles.» El cazador hizo oracion á Dios y á S. Juan Bautista de quien era especial devoto; sepultó al ruer-

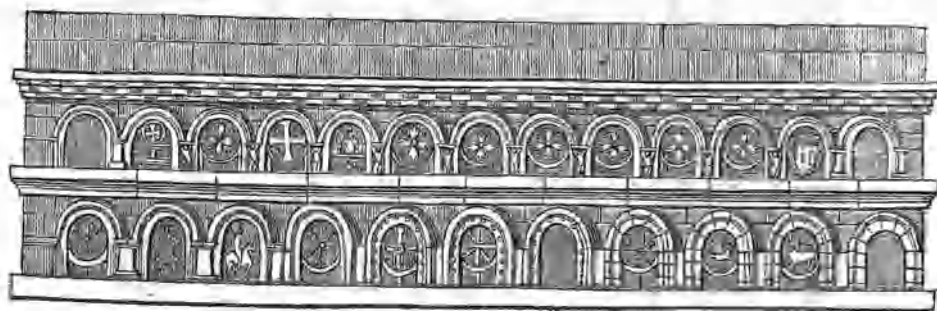
dos magníficos edificios en Covadonga y San Juan de la Peña, sí bien en el primero de estos dos puntos solo llegaron á hacerse las cimentas de la grande iglesia que debia construirse, y en el segundo únicamente se restauró el puente real levantado sobre la misma planta del antiguo en 1770, una elegante capilla en la que se vé un altar de varios jaspes con tres estatuas de Cristo, la Virgen y San Juan, de mármol de Génova esculadas por el célebre D. Carlos Salas, veinte y siete inscripciones cinceladas en bronce expresan la época de cada Rey y cuatro bajos relieves de estuco representan sus principales batallas. El todo de la capilla está adornado con columnas de orden compuesto, de buen gusto.

to anacoreta, colocó en la misma huesa la piedra escrita y dió vuelta á Zaragoza donde ya le esperaban sus padres y su hermano Felix. A este participó el pensamiento que concibiera de vender sus haciendas para los pobres, retirándose á la escondida ermita que la casualidad le hiciera descubrir, y consagrarse en ella á una vida de oracion y penitencia. Asentó Felix al piadoso proyecto de Voto, y ambos marcharon á Uruel donde vivieron largo tiempo ocultos y apartados del trato de los hombres, hasta que fueron descubiertos por varios cristianos, que huyendo del enemigo moro, buscaban un asilo en aquellas fragosas montañas. Los piadosos solitarios les prodigaron cuantos consuelos espirituales y temporales estaban á su alcance y con motivo de trasladar el cuerpo del santo Juan de Atarés á un nuevo sepulcro, se ruerieron bajo la tosca bóveda de San Juan de la Peña, hasta trescientos montañeses entró los que se contaban algunos clérigos. Despues de cumplidos los deberes religiosos, los dos cenobitas les persuadieron á imitar el noble ejemplo de los astures, que acudidos por el inmortal Pelayo, y guarecidos tambien en una santa cueva dieron principio pocos años antes á la heroica empresa de sacudir el yugo de los sarracenos, sobre los que consiguieran va a la sazón señaladas victorias. Dóciles los montañeses á tan sabios consejos, convinieron en elegir un gefe que los guiasé contra los moros; y de común acuerdo aclamaron á García Ximenez, hombre conocido en el país, no menos por su valor que por su noble calidad, y á quien todas las antiguas historias nombran señor de Amezcua y Arbazza. Las ceremonias con que fué solemnizada la proclamacion fueron tan rudas y guerreras, cual las costumbres de aquel tiempo; y consistieron en cubrir al nuevo Rey con un tosco yelmo que hacia veces de corona, poner en sus manos una gruesa lanza (que era el ceiro que debia regir á aquel pueblo belicoso), alzarlo por tres veces sobre un pavés segun la antigua usanza de los godos, y últimamente besar su mano en señal de obediencia. Sencillas demostraciones mas apreciables como dictadas por el corazon, que la pompa y ostentacion, que rodea el trono de reyes aborrecidos. En aquella eleccion se asentaron las leyes fundamentales de la nueva monarquía conocidas con el nombre de fuero de Sobrarbe; códigos admirables que siempre serán como fueron un modelo en su género para las generaciones. Allí estipularon los nuevos vasallos de García Ximenez que pues de libre consentimiento le elegian Rey y le cedían el dominio del país que pudiesen conquistar, debia jurar ante todo, *mantendria siempre sus derechas y libertades, partiria las tierras que se ganasen entre los ricos hombres, infanzones y caballeros, y que ni él ni sus sucesores tendria corte, juzgaria, ni haria guerra á otro príncipe, sin acuerdo de doce de los mas ancianos ó sabios de la tierra, quedando en libertad de elegir otro Rey cristiano ó infiel si García fallaba á alguno de los pactos hechos.* Este fué el origen de las libertades aragonesas consignadas en los célebres privilegios de la union, que confirmó Alfonso III mucho tiempo despues y que destruyó en el siglo XIV Pedro el Cruel. Al mismo tiempo, como una garantia de libertad, se creó la singular institucion del *Justicia mayor* poder intermedio entre el Monarca y los súbditos, y guardador de las leyes. Es ciertamente un espectáculo sublime el de un pueblo naciente que aun antes de tener exis-

tencia política trata de asegurar su libertad é independencia, y se guarece con un escudo impenetrable contra la tiranía de los reyes. Apenas verificada la elección, se agruparon en derredor de la bandera alzada por García gran número de cántabros y vascones con los que el nuevo Rey (como dice una antigua crónica) «salíó á hacerse digno de este título» y dió principio á sus victorias con la toma de Ainsa; pero á poco el abreviado ejército se vió cercado de multitud de moros y pareció que el improvisado reino debía encontrar su tumba á pocos pasos de su cuna. En tal conflicto alzó García los ojos al cielo demandándole socorro, y vió sobre una encina una cruz roja. Este prodigio fué la señal de la victoria, que alcanzó en aquel momento; y para perpetuar su memoria pintó la cruz en su pavés; y dió á su reino el nombre de *Sobrarbe* derivado de *sobre arbe* ó *sobre el árbol* (1). No seguiremos á García Ximenez ni á sus sucesores en la gloriosa carrera de sus triunfos, pues llevaríamos esta relación mas allá de los límites que la hemos señalado, y continuaremos la historia de San Juan de la Peña. Muertos Voto y Felix fueron sepultados por los fieles en la primitiva capilla al lado de San Juan de Atarés, y una luz milagrosa señaló el lugar donde yacían, segun las piadosas leyendas de aquel tiempo. Sucediéronles en la posesion de la santa cueva no menos que en sus virtudes, otros dos ermitaños llamados Benedicto y Marcelo, tambien naturales de Zaragoza, los que auxiliaban á García Ximenez con sus oraciones, en tanto que él ensanchaba los límites de sus estados con su victoriosa espada. Como muestra de reconocimiento á los beneficios del cielo, restauró la antigua capilla de S. Juan de Atarés, le hizo donación de Ainsa su primera conquista, y la señaló para su morada y sepulcro. De aquí dió principio el esplendor que rodeó á S. Juan de la Peña en los tiempos

que se sucedieron, y del que se divisan restos al través de sus venerables ruinas. Los sucesores de García Ximenez, no solo le adjudicaban mucha parte de sus conquistas, sino que le ennoblecieron con singulares mercedes y privilegios. En la primera época residía allí el único obispo de Aragón asistido por varios ermitaños hasta los años de 802 que D. Sancho Garcés, cuarto Rey de Sobrarbe acrecentó el santuario con nuevos edificios y puso en él Abad y monjes de S. Benito. Muerto á poco aquel Rey á manos de los moros, 600 hombres condujeron su cadáver á S. Juan de la Peña; acabaron las obras comenzadas y trasladaron á nuevos sepulcros, los cuerpos de los primitivos santos. El obispo de Aragón, pasó á residir á Huesca y los reyes de Sobrarbe contrajeron la costumbre de retirarse á San Juan de la Peña, siempre que la guerra les concedia algun instante de reposo, y tambien en la cuaresma y otras épocas de devoción y penitencia.

Tres notabilísimos concilios se celebraron en San Juan de la Peña; el primero en tiempo de D. Sancho el mayor Rey de Navarra (que lo presidió), el segundo en el reinado de su hijo D. Ramiro primer Rey de Aragón en 1062 dond se decretó el célebre canon observado por algun tiempo, de que los obispos para todo el reino de Aragón, se eligiesen de entre los monjes de S. Juan de la Peña. El último concilio allí celebrado fué en tiempo del Papa Adriano I, en donde se acabó la reforma del clero (que fuera el principal objeto de los anteriores) y se decretó la adopcion del breviario romano, cuya reforma fué luego propagada á toda España. El Abad del celebrado monasterio que nos ocupa no reconocia otro superior que el Papa, tenia voto en los concilios y ocupaba el segundo lugar despues de los obispos en las cortes de Aragón. Su jurisdiccion era casi episcopal y se extendia á 65 monasterios (con varias iglesias anejas) y á 114 iglesias seculares.



1 2 3 4
Escala de caros aragonesas.
Vista de los sepulcros de los Ricos-Homes.

Muchos santos y escritores salieron de entre sus hijos;

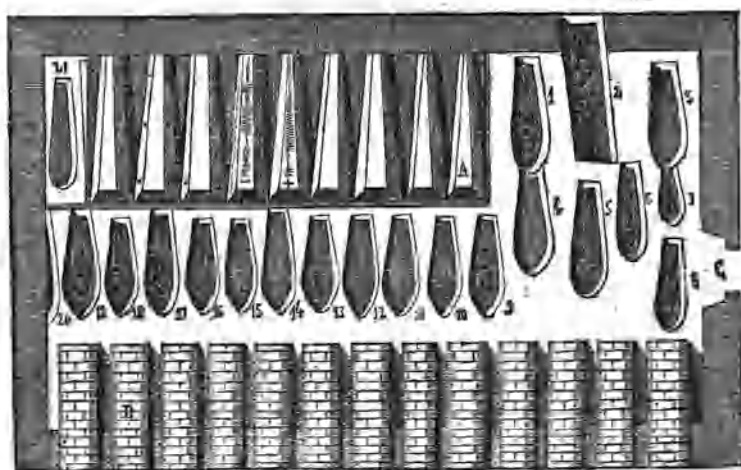
(1) A legua y media de Ainsa, se vé aun hoy una cruz alzada sobre una columna de piedra en forma de tronco de árbol. Varias columnas dóricas la rodean y sostienen una media naranja cubierta de pizarra, cerrando todo el monumento una verja de hierro. Este es el lugar de la célebre batalla de Sobrarbe, y en él se encuentran á poco que se escaven huesos, fragmentos de armas y otras señales que demuestran haber sido teatro de un porfido combate. Todos los años el 14 de Setiembre se celebra allí una solemne funcion religiosa, y los monjes en vestidos de moros y españoles antiguos, remedan una batalla.

de los primeros son S. Godofredo, S. Gutisindo y San Inigo primer Abad de Oña; y de los segundos Pedro Marsilio cuya crónica la mas antigua que se encuentra de los sucesos de Aragón y que felizmente se conserva, fué la única luz que guió á los escritores españoles en la oscura época de la fundacion de aquella monarquía. Otros muchos apreciables códices y raros escritos poseía el monasterio que sirvieron de pasto á las llamas en varios incendios que sufrió, en especial en el de 17 de noviembre de 1492 que consumió su mayor parte.

Muchas reliquias insignes con que los reyes enriquecían este santuario, aumentaban la devoción que inspiraba á los fieles. Las principales que en él se veneraban eran: el cáliz en que Jesucristo celebró la última cena (1), fragmentos de la vera cruz, leche de la virgen y los cuerpos enteros de S. Indalecio, Santiago obispo de Urcy, S. Juan de Atarés, S. Voto, S. Felix, S. Benedicto y S. Marcelo. Mas lo que conquistó á S. Juan de la Peña mayor celebridad, fué ser el panteon de los reyes de Aragon y de los principales ricos-hombres, pues unos y otros eligieron para depósito de sus cenizas, el mismo lugar, que fuera teatro de sus glorias y proezas. Las 54 personas reales que encierran los sarcófagos que se ven en S. Juan de la Peña son los siguientes: D. Garcia Ximenez primer Rey de Sobrarbe y su esposa Doña Enega, su hijo y sucesor D. Garcé Iñiguez y Doña Toda ó Teudá su muger. El Rey D. Fortun Garcés, hijo de los anteriores, el Rey D. Sancho Garcés, hijo ó hermano del que antecede y Doña Galinda su muger. El Rey D. Garcia Ximenez II. El Rey D. Garcé Iñiguez hijo de Iñigo Arista y su muger Doña Urraca ó Blanca. El Rey D. Sancho Garcés Abarca y su esposa Doña Toda ó Urraca. El Rey D. Garcia Sanchez Abarca hijo de los anteriores y Doña Teresa Galindez su muger. El Rey D. Sancho Garcés Abarca II, y su muger Doña Urraca Fernandez. El Rey D. Garcia Sanchez el temblador, hijo de D. Sancho Abarca y su muger Doña Ximena. El Rey D. Garcia Sanchez hermano del anterior. Doña Cava Señora de Ayvar meretriz ó segun algunos esposa de Sancho el Mayor y madre de Don

Ramiro, primer Rey de Aragon. Doña Munia Elvira ó Mayor última condesa de Castilla y muger del referido D. Sancho el Mayor. El Rey D. Ramiro Sanchez y su muger Doña Gisberga ó Ermisenda de Rojer. El Rey D. Sancho Ramirez hijo de los anteriores que murió en el sitio de Huesca y Doña Felicia de Urgel su muger. El Rey D. Pedro I, hijo del antecedente y su esposa Doña Berta ó Inés. El infante D. Pedro hijo de los anteriores que murió muy niño. Doña Isabel Sanchez su hermana. D. Fortunio hijo de D. Sancho el Mayor. D. Fernando Sanchez hijo de D. Sancho Ramirez. D. Aznar primer Conde de Aragon conquistador de Jaca. Don Garcia Aznar y D. Fortunio tambien Condes de Aragon. Los ricos hombres y personas principales sepultados en S. Juan de la Peña son tantos que el monje cronista dice que no se atreve á contarlas ni á formar su catálogo; sin embargo nos indica los nombres de los ilustres linajes de que segun noticias auténticas hay allí sepulcros que son: los Corneles, Tizonas, Entenzas, Ferrenches de Luna y Vacallos, Vandreses, Garcases ó Alagones, Ximenez ó Ureas, Atereses, Mazas, Caxales, Sesés y Moncadas. Hecha ya una ligera reseña de la historia y grandezas de S. Juan de la Peña pasaremos á su descripcion.

La famosa cueva tan renombrada tiene 500 pasos de longitud y 60 de concavidad; dentro de ella se alza el venerable monasterio visitado varias veces por lo rayos del sol por su situacion particular; «desde el centro de la cueva hasta el alto de la concavidad» dice la historia de S. Juan de la Peña ya citada, «que sirve á to-



Escala de tarsos aragoneses.

Planta del Panteon. A, tres líneas de 27 sepulcros reales. B, dos líneas de sepulcros de Ricos-Hombres. C, entrada del panteon 1, 2, 3, etc. sepulturas de personas desconocidas.

do el edificio de una grande y milagrosa bóveda, hay tanta distancia, que con estar edificadas dos iglesias una sobre otra y ser todo el edificio altísimo, de los tejados hasta la vuelta de la peña que lo cubre, queda espacio de mas de dos picas en alto. El santo monasterio mira como por dos luces á los dos reinos de Aragon y Navarra y es bien de advertir, que parece que la

(1) Esta reliquia fué trasladada por Pedro IV, el Ceremonioso, á la catedral de Valencia donde se conserva.

naturaleza formó así este puerto como torre de homenaje para entrambas provincias, pronosticándoles que todo su bien debía salir de esta santa cueva. La iglesia baja que es la que se atribuye á Garcia Ximenez, está dedicada á la Virgen, aunque en sus primitivos tiempos lo estuvo á S. Juan Bautista; la imágen que allí se venera es de forma muy antigua, y semejante á la del Pilar de Zaragoza. La iglesia de que hablamos es muy pequeña segun se usaba en aquella época y se cree ocu-

pa el mismo es; acio que la primitiva ermita de San Juan de Atarés. La iglesia superior ó principal que está encima de la otra es mas espaciosa, tendrá como 60 pasos y consta de una nave. Al lado de la capilla mayor está el panteon real y de los ricos-hombres en una pieza que estuvo destinada á sacristía y á la que sirve de techo la Peña tantas veces nombrada. Los sepulcros reales son muy humildes y toscos; están en forma de bóvedillas en dos órdenes de cantería unidas unas con otras y apoyadas en la vertical de la Peña, que tambien les sirve de dosel. Estas tumbas solo se alzan del suelo media vara y lo demas está oculto en la tierra. Los sepulcros de los ricos-hombres, son mas suntuosos que los de los Reyes y en ellos no se ven otras armas ó divisas, que la cruz de Sobrarbe de relieve. Las inscripciones que en ellos se ven están medio borradas en su mayor parte, conservándose sin embargo algunas muy notables, que no transcribimos á nuestros lectores, por no prolongar en demasia esta narracion. A la derecha del coro está un bellissimo claustro al que sirve tambien de bóveda la Peña que como dice Briz, abad é historiador de este santuario «dá horror el mirarla pues parece que amenaza desplomarse sobre la cabeza del curioso» el claustro así como lo restante del edificio es de cantería y en el centro de él, corre una fuente. Los dormitorios, celdas, capitulos, hospederías, rectorios y demas oficinas estaban edificadas dentro de la célebre cueva, mas destruidas por el tiempo y por los repetidos incendios, en particular el que referimos de 1492, no los habitaban los monjes hace mas de 200 años no solo por estar arruinados sino por la mucha humedad que producen los arroyos que se desprenden del peñasco, pues se trasladaron á otro nuevo monasterio construido en el siglo XVI sobre el llano de la Peña llamada del Pano, aunque bajaban todos los días al primitivo monasterio á decir misa y cantar responsos por los reyes allí enterrados. Ignoramos en que estado se halla actualmente, el memorable monasterio de que acabamos de hablar, rico depósito de tantos recuerdos históricos y populares, pues desde la supresion de los regulares en 1835 quedó desierto y abandonado.

NICOLAS CASTOR DE CAJUNEDO.

La casa de Pero-Hernandez.

LEYENDA ESPAÑOLA.

CAPITULO III.

El perro del Escudero.

Los ladridos de Gavilan sobrecogieron de pavor á Diego, pareciéndole mas que abullidos, acentos de persona moribunda ó cosa por el estilo. La densa oscuridad que reinaba le impedia descubrir el sitio donde el animal se lamentaba: mas bien pronto un relámpago sin nuestro alumbro de imprevisto la escena, y entonces pudo ver al pobre perro como á veinte pasos de sí en ac-

titud de morder el suelo ó de olfatear alguna cosa, no por su gusto, sino á pesar suyo, puesto que parecia esforzarse en huir al mismo tiempo el objeto que tanto le llamaba la atencion.

Diego dijo: ¿qué demonio es esto? Y dudó por algunos instantes si debía llegar hasta el perro ó limitarse meramente á llamarle, para ver si queria venir.

Otro nuevo relámpago mas triste y mas siniestro que el anterior, vino á alumbrar segunda vez el sitio en que el perro seguia quejándose.

—Gavilan! gavilan! gritó Diego.

El perro parecia espirar de alegría y pena á la vez al oír la voz de su amo. Sus abullidos en esta ocasion escedieron á los anteriores en prolongacion y energia; mas bien pronto los silbidos del viento consiguieron apagarlos del todo.

—Gavilan! volvió á gritar Diego.

Otro tercer relámpago, salido de una de las ventanas de la casa de Pero-Hernandez, le mostró nuevamente al animal en el mismo sitio que antes, pero no en la misma actitud, puesto que aunque seguia constantemente con el hocico pegado en tierra, estaba volcado boca arriba, meneando las patas y la cola, no sin muestras las mas evidentes de hacerlo de muy mala gana.

—Vive Dios! exclamó entonces Diego: esto se pasa ya de miñeria. ¿Hé de estar así toda la noche, sin saber que diablos es esto?

Y con animoso y crecido corazon, como dice el cronista, dirigióse hácia la casa infernal, sin cuidarse del relámpago último, ni parar las mientes en otro que en acercarse adonde estaba el perro. Un trueno prolongado, espantoso, salido al parecer de las entrañas del consabido edificio, hizole dar involuntariamente un paso hácia atrás; pero ni esto, ni la furia del viento, convertido ya casi en huracan, ni el mortuorio sonido de las campanas que entonces volvieron á sonar con acento mas triste que nunca, ni los rezos de los vecinos que empezaron á reñoblarse en toda la poblacion, ni el ruido de grillos y cadenas que se oía al mismo tiempo en la casa, bastaron á obligar al escudero á mudar de propósito. Lo único que este hizo en tal trance, fué santiguarse como buen cristiano, y hecía la señal de la cruz, y diciendo á continuacion: *suceda lo que Dios quiera...* prosiguió adelante impertérrito, no sin notar que el perro redoblaba sus abullidos á medida que hacia el avanzaba.

Llegó allá en efecto... rasgo increíble de intrepidez y valor! Pero cuál no fué su sorpresa, al ver que el motivo de la inmovilidad del perro y de las contorsiones que le habia visto hacer, era haber caido en un lazo que cogiéndole por el pescuezo, no le permitía salir de aquel sitio?

—Bien decia yo, exclamó entonces, que cuando mi Gavilan no venia, algo era ello. ¿Pero quien habra puesto aquí ese maldito lazo? Vamos, no podia haberse discurrido diablura semejante.

Dijo; y sin poder contener la risa, puso en libertad á su perro, el cual no se hartaba de dar saltos y de lamer á su amo, dándole las mas sinceras muestras de que le agradecia el beneficio.

—¿Quien te ha metido ahí Gavilan? le preguntaba Diego, como si el animal le entendiese. ¿Como no te ha echado en falta tu amo, embebecido con su conversacion con Aldouza? Las hembras si que son el demo-

nio, y no los perros. Vamos, vamos á casa Gavilan: la cena te vengará del mal rato.

Esto dicho, dirigióse hácia casa, creyendo que el perro le seguiría; pero Gavilan volvió atrás, y no atrás así como se quiera, sino á todo correr, y en direccion de la casa de *Pero-Hernández*, cuya puerta empezó á olfatear con extraordinaria avidez.

—Gavilan! Gavilan! gritó Diego.

El perro arañaba la puerta, sin hacer caso de su amo.

—Jesucristo! exclamó el escudero. ¿Qué diablos hay dentro de esa casa, que llama la atención de mi perro?

Este abullaba con voz mas lastimera de lo que antes lo había hecho. ¿Le habían armado otro lazo?

—Esto es mas serio de lo que yo creía, murmuró el escudero para sí; pero en todo caso, allá voy. Yo no me vuelvo á mi casa sin mi perro.

Y echó á andar hácia el edificio.

Un olor como de azufre vino entonces á reemplazar los relámpagos y los truenos que antes se habían dejado sentir. Diego no se detuvo por eso, si bien se vió precisado á taparse las narices, á fin de evitar un vahido. Lo mas extraordinario del caso era que á pesar del hedor, seguía el perro inmóvil en la puerta, aunque no arañándola como antes, sino vuelto de espaldas á ella, segun pudo Diego notar, gracias á una luz azulada que apareció por entre las rendijas. Los ahullidos de Gavilan eran mas lastimeros que nunca.

En esto comenzó poco á poco á disiparse aquella infansta luz, y con ella el olor del azufre. Alegrese Diego y un poco de esta última circunstancia, pues si bien preservaba su olfato apretándose las narices, no por eso podía evitar el tener abierta la boca, y el aire que atraía al respirar había de acabar por matarle, si seguía el olor en aumento como amenazaba al principio.

Al mismo tiempo que esto sucedía, cesaron igualmente de pronto el viento, las campanas y la lluvia, la almodia de los habitantes del pueblo, y el ruido de los grillos y cadeas que tan infernal barahunda movían en la casa fatal.

Casa rara! Nuestro buen Diego Perez, tan intrépido poco antes mientras todo se conjuraba para anadarte de miedo, Diego Perez sintió en aquel instante un estremo iniento involuntario, y su frente se cubrió de sudor. Antes le parecia todo aquello artificio dispuesto á propósito á fin de probar su bravura, y el valiente por temperamento, lo fué por amor propio además. El silencio de ahora le espantaba. Para los corazones como el suyo, el ruido es compañía en la noche.

El perro no ahullaba tampoco.

—Gavilan! gritó el escudero, como para ahuyentar el fantasma de aquel silencio aterrador.

El perro contestó desde adentro.... ¡desde dentro del edificio!

—Almas del purgatorio! dijo Diego: ¿estoy despierto ó soñando?

Un ruido como de puerta que se abre vino en esto á herir sus oídos. Diego echó la mano al costado, pero no llevaba la espada. La prisa con que había salido de casa, se la había hecho olvidar.

—Gavilan! volvió á gritar Diego.

Otro ruido parecido al anterior, pero como de puerta que se cierra, le hizo dar otro paso atrás, y casi al

mismo tiempo ladró el perro, mas no ya dentro de la casa como antes, sino en la misma puerta al pa-recer.

Y en la puerta era en efecto. La espantosa luz azulada que volvió á brillar en las rendijas, se lo mostró evidentemente, y en la misma actitud que poco antes, es decir, de espaldas á la casa y como pegado á la puerta.

Diego no pudo contenerse entonces, y menos escuchando los ladridos que empezó á dar de nuevo Gavilan, tres veces mas agudos que antes. El olor del azufre era atroz; pero amostazado el escudero por lo inútil de su ademán cuando echó mano á la espada, no quiso en esta última ocasion ni aun llevarse la á las narices. Así desesperado de veras, y sin santiguarse otra vez, salvó en menos de un decir Jesus los veinte buenos pasos de distancia que le separaban del edificio, y vino á dar adonde estaba el perro.

Gavilan, al tocarle su amo, se deshacía en fiestas y caricias, pero no se movía del sitio.

—Gavilan! Gavilan!

Quieto el perro.

—Entonces carguemos con él.

—Cójole el escudero en efecto, intentando atraerle hácia sí; pero mientras él tiraba por un lado á fin de separarle de la puerta, otra mano mas fuerte que la suya parecia tirar por el opuesto, agarrándole por la cola.

Y así era sin duda ninguna. Gavilan no estaba de espaldas á la puerta, sino porque no ser invisible le tenía asido del rabo, desde lo interior de la casa. La inmediata consecuencia de aquello fué empeñarse entre Diego y el demonio una lucha porfiada y tenaz, sobre cual de los dos había de llevarse, ya el perro aunque fuese sin cola, ya la cola aunque fuera sin perro.

Gavilan, como puede inferirse, estaba que se daba á los diablos en tanto tirar y tirar.

En esto, retumbó por allá dentro un trueno tan horrible y espantoso, que Diego dió de espaldas en tierra, siendo tan violento el impulso que le hizo caer hácia atrás, que siguió tras él *todo el perro*, para servirnos de la misma frase con que nuestro cronista se espresa.

Diego estuvo no se sabe que rato privado de todo sentido, más por el olor del azufre que por efecto de la costalada, lo cual no impidió que siguiese abrazado con el pobre animal, apretándolo maquinamente, sin conciencia de lo que hacía. Al volver del letargo oyó una voz, y tal, que le hizo levantar de súbito, y echar á correr hácia el pueblo, siempre con el perro en los brazos. Llegado á la puerta del alcalde, avergonzose de su correría, y hasta llegó á creer que todo aquello era pura ilusión y no mas.

El alcalde y la alcaldesa y el capitán, y el tío Ramon y la tía Teresa, y sobre todo Aldonza, la pobre Aldonza, estaban en aquellos momentos rezando por el alma de Diego, creyendo no volverle ya á ver. Había transcurrido media hora desde que había salido de casa, y era mala señal, señal pésima, tardanza como aquella en tal noche.

—Eh! gritó el escudero desde la calle, dando á la puerta repelidos golpes. Abrao vuestras mercedes, voto á brios, y dejen de cantar mis exequias, que hasta ahora no hay para qué, ni los difuntos tienen, que yo sepa, las lindas ganas de cenar que yo.

Gavilan, ladró alegremente, oyendo que se hablaba de cena.

—¿Qué escucho? exclamó Aldonza desde arriba. ¿No es Diego el que llama á la puerta?

—No abras esa ventana, muchacha, replicó su padre aterrado.

—No, no! exclamaron todos los demas.

—Bueno! que la abra el señor Alférez, ó por mejor decir, que baje abajo, y abra á Diego Perez la puerta.

—¿Yo? ¿y si no es mi escudero quien llama?

—¿Pues quien ha de ser sino yo? gritó este desde la calle.

—Tiene la voz ronca: es su alma... murmuraron todos á una.

—Si, su alma, dijo Aldonza á su vez: su alma metida en su gallardo cuerpo. Yo no tengo miedo á su alma.

Y diciendo y haciendo, tomó precipitadamente el candil, y dejando á todos á oscuras, bajó á abrir al valiente escudero.

—Gracias, señora Aldonza, mil gracias! exclamó este. Yo pardiez seria un ingrato, si al deber á vuesa merced el no dormir al raso esta noche, no pagara en el acto tal favor con un estrechísimo abrazo.

Y abrazóla el buen Diego Perez, y la crónica dice que la niña entró á la cocina con él un si es no es mas bella y sonrosada de lo que habia salido.

(Continuará)

MIGUEL AGUSTIN PRINCIPE.

POESIA.

PELAYO.

Sa'vajes alaridos
pueblan el mar que azota,
teñido en sangre, el continente hispano;
ya victorioso flota,
trás bárbara pelea,
el pendon mahometano
sobre los altos muros de Heraclea.

Abandona, Rodrigo,
tu criminal inercia, que á su abrigo
el árabe insolente
avanzará á Toledo
y arrancará, sañudo, de tu frente
la corona imperial de Recaredo.

Leones son los hijos de Mahoma
que á devorar la goda monarquía
se adelantan hambrientos....

Sacude tu apatia,
la férrea lanza toma,
convoca tus legiones
y ataja sus intentos
oponiendo leones á leones.

¿No sabes quien á tus dominios lanza
desde la ardiente Libia
la hueste infiel que tus dominios huella?
Es don Julian, el vengativo padre
de la infeliz doncella
que deshonoró, monarca, tu lascivia!

Un día en su balanza
colocará la historia
la ofensa y la venganza
que empañan vuestra gloria...
Huye, monarca, huye
de la senda del mal; antes que llegue
ese tremendo día,
el peso de tu culpa disminuye.

Oh!... ya el carmin de la vergüenza tiñe
tu rostro; en ese corazon aun arde
la antorcha del honor... Corre á la muerte,
que vale mas en quien corona ciñe
morir honrado que vivir cobarde.

Tintas estan en sangre nazarena
las fértiles llanuras
que el Guadalete baña.
¡El Dios de las alturas
impuso al godo espacion tamaña!
Rodrigo ha peleado
con alma audaz, si con menguada suerte,
y allí la muerte ha hallado
donde encontró su ejército la muerte.
Su heroica fortaleza,
magüer que estéril, sirva de disculpa
á su anterior flaqueza...
¡La venganza celeste se ha cumplido!
Si grande fué la culpa,
grande tambien la espacion ha sido!

En el suelo español que la ceniza
de Numancia y Sagunto fertiliza
no existe un lábio que el sagrado nombre
de libertad proclame,
ni un corazon existe

que en santo ardor esa palabra inflame!!
Desde las altas cumbres del Pirene
á las columnas de Hércules, triunfanta
se ostenta ya la enseña de Mahoma...
Baldon! baldon!... El hijo del desierto
bajo su planta tiene
al pueblo que arrogante
leyes impuso á la soberbia Roma!

Mas... en los montes ásperos que baña
el cantábrico mar, hay todavia
quien, por tornar la libertad á España,
su noble sangre derramar ansia:
allí, en el fondo de ignorado valle,
gentil mancebo solitario vaga
meditabundo, y triste

como la luz febea que se apaga
bajo la sombra que la tierra viste.
Fija en su mente una atrevida idea,
ella no mas su pensamiento absorbe;
no hay quien á ahogarla suficiente sea,
no hay quien su audaz realizacion estorbe.
La salvacion de España y de sus leyes
el pensamiento ocupa
de ese heroico mancebo en cuyas venas
arde sangre de reyes.

Cual á otro Gedeon, le ha confiado
dios el castigo de la raza impia
que sus leyes quebranta
y alza á la idolatría
torpes altares sobre el arca santa.

Los que, mansos corderos,

en pánico desmayo
 hollados ven sus fueros
 y rotas ven sus santas tradiciones,
 Se tornarán leones
 al escuchar el grito de Pelayo.
 Pelayo!... El es el árdido mancebo
 que en la apartada soledad medita
 la libertad del pueblo encadenado
 al carro del triunfante ismaelita.
 El és!... Del sufrimiento
 rota vé ya la ignominiosa valla,
 cuando á su pensamiento
 los males de ese pueblo se presentan,
 su pecho en santa indignacion estalla
 y sus ojos en lágrimas reventan,
 y entonces con sus manos
 el corazon del pecho arrancaria
 y audaz le arrojaria
 al rostro criminal de los tiranos.
 «Venid á mi los que guardais fervientes
 el patrio amor, las celicas creencias
 de vuestros ascendientes;
 venid á mi y á la divina sombra
 del lábaro cristiano,
 lidiaid hasta que alfombra
 de nuestros pies veamos el sacrilego
 pendon mahometano!»

Dice, y su voz con rapidez estraña
 el ancho espacio atronadora hiende
 y en patrio fuego el corazon enciende
 del rudo morador de la montaña
 que se prepara, rayo
 de venganza, á lidiar bajo la enseña
 gloriosa de Pelayo.

Mil robustos mancebos abandonan
 la esteva por la lanza, y del Auseña
 la cúspide coronan.
 Rota ya su cadena
 de esclavitud, provocan
 sin miedo á los tiranos
 y juran por el dios á quien invocan
 las cadenas romper de su hermanos,
 siquier la muerte sea
 de su heroismo el premio, que la muerte
 no arredra al varon fuerte
 que por su patria y por su dios pelea.

Con hueste numerosa
 vuela el infiel Alcama
 á esterminar ese puñado de héroes
 cuyo valor ejércitos reclama.
 Héle ya al pié de la quebrada roca
 donde el pendon de libertad asienta
 Pelayo y agitándole provoca
 el trance incierto de la lid sangrienta.

Travado está el combate:—
 espesa nube de acerados dardos
 lanza el infiel, mas su iracundo embate
 los defensores de la cruz contrastan
 lanzando cien peñones
 que sus fieras legiones
 bajo su inmensa pesadumbre aplastan.

Lidia el cristiano con audacia mucha,
 pero, si Dios la causa de los buenos
 no protege en la lucha,
 al recio golpe de los más, los menos

sucumbirán al cabo
 y eternamente arrastrará su patria
 la cadena oproviosa del esclavo.
 «¡Oh, tú que al pueblo de Israel salvaste
 separando las aguas del mar Rojo
 y á tu soplo divino
 de Jericó los muros derribaste,
 lanza, señor, los rayos de tu enojo
 sobre el impio que tus leyes huella
 y alegres cantos de victoria entone
 el que hoy tus leyes con su sangre sella.»

Asi el caudillo de la cruz implora,
 de ardiente fé su corazon henchido,
 la proteccion del dios á quien adora.
 Dios la plegaria del soldado ha oido;
 no mas torrentes de cristiana sangre
 descenderán al valle enrojecido,
 que el dardo agudo del infiel, apenas
 de la mano impulsora se separa,
 rápido vuelve á lacerar las venas
 del mismo que sañudo le arrojara.

Patente vé el cristiano
 la proteccion divina en tal prodigio;
 de nueva fé su corazon reviste
 y al bárbaro africano
 con nueva saña valeroso embiste,
 y al grito omnipotente
 de dios, de libertad y de venganza,
 la destruccion esparce en sus legiones
 hasta que el himno de victoria entona;
 y al sueño se abandona,
 cansado de matanza,
 sobre un monton de alárabes pendones.—

Al fin España rescató sus leyes,
 santo recuerdo de pasadas glorias,
 y alzó, tras cien victorias,
 del polvo vil el cetro de sus reyes
 que el extranjero hollaba.—
 ¡Gloria inmortal al bravo entre los bravos
 que condujo al esclavo á la pelea!
 Por él, donde sonaba
 tímido ayer el ay de los esclavos,
 hoy el pendon de libertad ondea.

ANTONIO T. Y LA QUINTANA.



Vista de la fonda de San Rafael.